

*Prefacio a la edición española*



*Se trata nada menos que saber si debo someter la conducción de mi vida a la autoridad de los sabios o sólo a las luces de mi propia razón; o, más bien [...] si la ciencia me traerá la libertad o unas cadenas legítimas.*

Simone Weil

*«Ciencia y percepción en Descartes» (1929-1930)*

La Ciencia sigue manteniendo un lugar privilegiado en el imaginario de los países occidentales. El derrumbe de distintos símbolos religiosos y laicos como Dios, la Revolución, e incluso el Progreso, no ha alcanzado a la fe en la práctica científica. Ese es el motivo por el que, en los últimos años, las quejas y las demandas de científicos e investigadores españoles hayan gozado de tan buena acogida entre amplios sectores de la izquierda. Siendo España uno de los países europeos que menos presupuesto dedica a la investigación científica, situación agravada con la crisis económica y las políticas del gobierno del Partido Popular, no ha tardado en fraguarse un discurso que advierte de «la fuga de cerebros» y de las terribles consecuencias que acarrea no invertir en I+D, que mantiene que la ciencia es progreso y crea puestos de trabajo, etc. Asimismo, en el magma mediático progresista ha calado este sonsonete en favor de «la Ciencia», y no es extraño ver desfilar por

platós de televisión a «brillantes científicos» que han tenido que emigrar al extranjero porque, dicen, aquí «no hay dinero para la investigación». Sin embargo, jamás hablan del porqué de la necesidad de la investigación científica, de sus fines y sus medios, o del tipo de mundo que contribuyen a forjar y perpetuar.

Movimientos como la *Plataforma por una Investigación Digna* han realizado una abierta labor de defensa de la Ciencia como razón de Estado. La apuesta por la investigación «de calidad», como forma de dotar al tejido productivo de competitividad y propiciar el cambio hacia una economía basada en el conocimiento, ha estado en el centro de sus reivindicaciones y de sus constantes llamamientos a la «responsabilidad política» para que no dejen caer la inversión en I+D. Desde que las denominadas políticas de austeridad se cebasen con los puestos de becarios e investigadores, los grupos de la tecnocracia se empezaron a revolver inquietos, clamando por una política de Estado que salvase a la investigación de la quema. Pero el Estado les ha reservado, hasta ahora, una pragmática indiferencia: ¿para qué vamos a necesitar científicos en un país de camareros y obreros de la construcción que, además, se encuentran en su mayoría engrosando las filas del INEM?

La ciencia, en nuestro tiempo, no se entiende si no es como ciencia aplicada al sistema productivo. En su

condición subalterna, sometida a la lógica de la ganancia, no puede más que celebrar y alentar los progresos del Estado y de la Técnica, y colaborar, así, con el desarrollo de un modo de vida cuya base es la sumisión. Al haber aceptado alegremente esta función (en la creencia de estar ejerciendo un magisterio científico siempre neutral y apartado de la lógica de la sociedad), los científicos se han condenado a una compartimentación cada vez más minuciosa de su trabajo, a la sujeción a la financiación pública y privada con el único fin de extraer beneficios económicos o ventajas estratégicas militares, y, en definitiva, a ignorar conscientemente *para qué y para quién* están haciendo ciencia. Han aceptado el chantaje, guardando silencio sobre la degradación constante de la propia actividad científica, y siendo cómplices en muchos casos del encubrimiento de la nocividad de la producción industrial, haciéndola pasar por daños colaterales inevitables y, a fin de cuentas, asumibles.

El lloriqueo constante sobre la «fuga de cerebros», se nos vuelve insufrible si contamos con todo lo anterior. Hay «cerebros» cuyas ideas sobre la energía nuclear, la transgénesis, la nanotecnología o la industria química, se encuentran muy lejos de quienes aún aspiramos a una vida en libertad.

Por lo tanto, y en aras de cuestionar el rol que ocupa la ciencia en nuestras sociedades, hemos conside-

rado conveniente editar en castellano *Un futuro sin porvenir. Por qué no hay que salvar la investigación científica* (Francia, 2009), escrito por el Grupo Oblomoff. Los orígenes de este grupo francés se remontan a octubre de 2004, cuando una treintena de personas interrumpieron una asamblea del movimiento *Salvemos la investigación*, y repartieron un comunicado en que denunciaban la complicidad entre la investigación científica, la industria, y el ejército. Los participantes en la protesta eran en su mayoría estudiantes de ciencias sociales y militantes anti-nucleares y feministas, pero unos meses después se les sumaron investigadores y doctorandos en ciencias puras, constituyéndose de esta forma el Grupo Oblomoff. Desde entonces han venido desarrollando una doble actividad en la producción de textos y la realización de acciones de denuncia frente a personalidades o iniciativas del medio científico. Este libro es un compendio de toda esta labor. El primer texto, «El futuro triunfa, pero no tenemos porvenir», difundido en otoño de 2006, fue el fruto de los debates y discusiones que sellaron el nacimiento del grupo, y, ante las reacciones y críticas, en su mayor parte hostiles, que recibió el comunicado, decidieron redactar unas «Aclaraciones» que les permitiera exponer con más sosiego sus puntos de vista. Además, se incluyen en este trabajo un

texto más reciente, «El salario del miedo», así como un inventario de las «Intervenciones» del grupo en distintos actos públicos.

Ediciones El Salmón

*Agosto de 2014*



*Prefacio a la edición francesa*



Este libro corrige y actualiza los textos que se habían publicado previamente en un folleto titulado *La Disparition des lucioles* (La desaparición de las luciérnagas), publicado en la primavera de 2008. Ya que esta edición está agotada, hemos creído oportuno otorgarle una difusión más amplia. Los textos ya publicados se reproducen idénticamente, salvo las «Aclaraciones», que han sufrido algunas modificaciones de forma. Hemos añadido asimismo un texto reciente («El salario del miedo») y se ha actualizado la lista de intervenciones del grupo.

La Ciencia (con mayúscula) ocupa el centro de la ideología progresista, que ha legitimado la apropiación del destino humano y terrestre por parte de la industria en los últimos dos siglos. La ciencia (con minúscula), con las múltiples apariencias —a veces contradictorias— con que se enmascara, es esencial en la producción de nuevos procedimientos industriales, de nuevos modos de estar en el mundo, de nuevos objetos; en resumen, de nuevas tecnologías. El Grupo Oblomoff se esfuerza aquí en denunciar los avatares no sólo del cientifismo sino de la propia Ciencia. En un momento en que las tecnologías convergentes están sumergiéndonos, y en que tratan de convencernos de que el capitalismo puede ser ecológico, nos ha parecido saludable facilitar el acceso de estos textos a un público más amplio y con una forma —la de libro— propicia a la reflexión.